

Atenea

HEMEROTECA
CONSULTA EN SALA

Revista Trimestral de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXIV—Octbre. - Novbre. - Dicbre. de 1957—Núm. 378

Puntos de vista

Arte y literatura

EN EL TUMULTO de los días ciudadanos no hay cabida para la quietud contemplativa, tampoco para el recogimiento en la intimidad soñadora, menos para situarse en otro mundo que no sea el apremiante y agitado a que nos arrastran las preocupaciones y circunstancias del momento. La velocidad de la máquina ha contagiado al alma humana, dominada por su ritmo violento y estridente. Parece que ya fuera imposible solazarse en un rincón de la conciencia junto al rumor del agua cristalina. Ni siquiera abstraerse del vaivén de las pasiones que, por ser hijas de instintos primarios, carecen de grandeza y heroísmo. Las ciudades se alzan bulliciosas robando espacio a los cielos, y en medio de ellas, los hombres se enfilan afanosos para subsistir.

En este clima desolado, el tiempo distante se clarifica para añorar una paz de espíritu no turbada por mercaderes, guerreros ni aventureros. Acaso no sean sino simple espejismo aquellas épocas idílicas que Don Quijote evocaba como una edad de oro frente a las urgencias de su escudero, de recibir la recompensa a su lealtad.

Ahora y siempre el hombre ha debido abrir un hueco en su existencia para dar paso a otras actividades además de las impuestas por el vivir biológico. De esas actividades, ninguna como el arte para relevar el espíritu de menguadas limitaciones, al limpiar la conciencia y activar la voluntad, dando fuerza y alegría para los instantes de duro bregar. Por el arte nos transportamos a una realidad depurada del deleznable barro humano. A quienes lo cultivan muchas sorpresas y bienes les depara: cuando ya el peso de la vida se siente atribuladamente y muchas ilusiones se han roto y en el alma se infiltra la tibieza del escepticismo, podrán repetir jubilosos con don Andrés Bello: "Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan algunos matices al alma como la flor que hermosea las ruinas".

El arte ha de practicarse para íntima satisfacción y darlo a quienes sientan el placer que él proporciona como esfluvio deleitoso. Su ejercicio no debe ser motivo de vanidad ni de ufana ostentación. No hay que olvidar a los grandes creadores que en la humildad de su vida supieron como Cervantes engrandecerse por el poder de su genio creador.

Sobreviven en la historia los pueblos que, cimentados en el progreso material, estimulan las expresiones del sentimiento y la inteligencia. Si de Grecia hemos recibido arte, literatura, filosofía, de extraordinaria calidad por su forma y esencia, de muchos pueblos de la antigüedad sólo se sabe de su poderío bélico y riquezas materiales. Las repúblicas italianas del Renacimiento,

junto con vincularse con el resto de Europa a través del comercio, se proyectaron permanentemente por su arte y ciencia. Ingenuo sería pensar que los pueblos como los individuos debieran prescindir de los adelantos materiales o desconocer sus ventajas. Así como es previo a la presencia del espíritu el existir biológico, los países deben también producir bienes para usarlos en provecho colectivo y dar a la vida humana dignidad y goces superiores. La sabiduría cervantina lo dice con palabras de persistente vigencia: "Sin el gobierno de las tripas no se puede llevar el peso de las armas".

Por un desequilibrio entre las apetencias de orden económico y las exaltaciones del espíritu, se está acentuando una clara inclinación hacia las primeras, proyectadas en la juventud con desmedro de sus potencialidades anímicas. Al cultivo de la inteligencia, prefiere ella el desarrollo exagerado y ostentoso del cuerpo; al diálogo fecundo en la camaradería cordial, los movimientos de un baile de contorsiones epilépticas. El hombre-masa, representativo de tal situación, invade los estadios, plazas, sitios de recreo, salas de espectáculos, y su voluntad se impone por la fuerza incontrarrestable de las mayorías ignoras. Dueñas del ágora, su delegación la hace en quienes son expresión de su medida sin relieve y reflejo de sus condiciones anodinas de discernimiento. Felizmente, por su precaria base, su poder es inestable y transitorio.

Vivimos tiempos inquietantes, de avances técnicos sorprendentes, con posibilidades inimaginadas para la

conquista de los espacios estelares. El hombre tiene hoy día puesta su mirada en las perspectivas infinitas de la investigación y descubrimientos científicos. Tan ávido está de porvenir, que el pasado, con toda su carga histórica, apenas si cuenta, considerado por muchos como una rémora que atasca este rápido y constante proceso de dominio técnico. Deslumbrado por todo ello, el hombre-masa vive el instante presente, pues su imaginación no le permite avizorar más allá de lo concreto y factible, ni menos detenerse a contemplar la trayectoria de la humanidad, formada por una concatenación interminable de sucesos como eslabones de una cadena sin fin. Pues los actuales descubrimientos de la ciencia son el resultado de vigilias y atisbos de incontables generaciones. De lo que es válido para la ciencia, lo es con mucho mayor razón para el arte. No ha surgido éste por generación espontánea, sin antecedentes que expliquen su floración ni en su desarrollo se señalan etapas de superación como en la ciencia. La belleza y su expresión permanecen inalterables a través de las mudanzas del tiempo. Pueden cambiar los gustos y las reacciones individuales, pero ello es circunstancial, determinado en muchos casos por las modas, pasajeras por venir de caprichos mayoritarios.

Al ser el arte trasunto de la idiosincrasia de los pueblos, afinca su esencia en el alma colectiva y en la tradición. Por eso el conocimiento de la historia del arte es fundamental para el que aspire a iniciarse en sus misterios; su ejercicio supone, por lo mismo, un largo

aprendizaje, un adiestramiento, una artesanía. Si la creación se fragua en el subconsciente, se hace realidad en la conciencia, y es entonces cuando se requiere una técnica.

En el decurso de la historia se han sucedido numerosas tendencias y modalidades artísticas como reflejo de las circunstancias sociales, políticas y económicas de los pueblos, ya que el artista-poeta o escritor ha de vivir inmerso en el medio físico y del cual no debe desentenderse a menos que quiera abstraerse del fragor del mundo en torno. Existen, a pesar de las alternativas de tendencias y modalidades, constantes artísticas. Si se diera a los conceptos CLÁSICO y ROMÁNTICO una dimensión trascendente derivada de su contenido intrínseco, se podría establecer que estos dos conceptos son los polos históricos dentro de los cuales oscila toda plasma-ción estética. La expresión artística está condicionada por la personalidad del creador, y en su raíz vital es inmodificable. Por eso debe efectuar su obra con absoluta sinceridad a fin de ser fiel a su propia voz interior, auténtico, no disfrazarse ni servir de eco a voces que no vibran con la suya.

No existe, empero, la absoluta originalidad en las artes. En literatura, por ejemplo, se repiten las motivaciones, temas o argumentos, o los autores se apropian de aquéllos aparentemente insignificantes como en el caso de Shakespeare. Corresponde, en tales casos, al autor insuflar a su creación el aliento de su personalidad, imprimir un sello inconfundible, darle ESTILO, ese

matiz expresivo que trasciende su peculiaridad psíquica.

La juventud, por impulsos de su vitalidad en eclusión, es presurosa, quiere llegar anticipadamente a una meta de éxitos y halagos. Hay en ella ansias de destacar su nombre, lograr frutos rápidos, hacerse un destino antes de terminado su ciclo de madurez. Es audaz en su acometida, vehemente en sus palabras, altiva en su conducta, iconoclasta en su afán de negar los valores consagrados. Prefiere, por tal motivo, antes que la labor consciente y decantada, la improvisación y el repentismo como si poderes ocultos le iluminaran sus facultades. Se confían en lo que los románticos llamaban inspiración o en sus condiciones innatas. Logran así una obra promisoría, pero endeble, vacilante, sin esa gravitación que dan la experiencia y el trabajo, amparados por el tiempo y la pausa, por la disciplina y la autocrítica.

Frecuente es el caso de escritores que en sus años mozos prometieron obras de plenitud, quedarse atascados en las primerizas. Por esta misma razón los jóvenes se inclinan por la poesía, donde es posible la precocidad, porque surge intuitivamente, sobre todo en la poesía actual en que se prescinde de toda elaboración reflexiva. No así en la novela o el drama, menos en el ensayo, géneros para los cuales se exigen disciplina, estudio, experiencia, madurez y, más que nada, autocrítica. La importancia de la autocrítica reside en que el autor se erige en juez de sí mismo y puede, por tanto, ser estricto y severo en sus sentencias y llegar hasta la

condena implacable cuando se ha dado cuenta de que está haciendo una labor para la cual no fue llamado.

Convencido de su incapacidad para la realización artística, su cultura y sensibilidad le permiten convertirse en un recreador de bellezas leyendo libros, escuchando música o contemplando cuadros. De esta manera se inscribe en la pléyade de "los que callan", como los llamó Rodó. Cultivan éstos en silencio sus facultades según el arte de su afición. Tratan de pasar inadvertidos por la vida, atentos a toda solicitud de espiritualidad. Si no han de producir una obra lo más perfecta posible, deciden callarse y disfrutar de la belleza en la soledad de su mundo interior.

A muchos escritores o que presumen de tales, se les podría aconsejar se alistaran en las filas de éstos "que callan", porque para ellos el arte se limita al goce íntimo, sin ninguna de las consecuencias antisociales provocadas por el resentimiento de los escritores frustrados.

Por mucho que se discuta la trascendencia del arte, inclusive se le desestime al considerarlo un mero juego, no se puede desconocer que, tras su específica finalidad estética, se halla implícito un mensaje de manifestas proyecciones sociales e individuales. Incumbe, por ello, al artista una alta responsabilidad; y si se le estimula y premia señalándose la importancia de su misión, debe él corresponder con obras de verdadera calidad en su expresión y contenido, fundidos en armonía cabal el fuego creador y la conciencia de su magisterio sin docencia.